



TIPOS ARTÍSTICOS, POR REYU.

REYU



Por delante y por detras
es una de las mujeres
que á mi me han gustado más.

Ayuntamiento de Madrid

ADVERTENCIA

Por un trastorno ocurrido en la litografía cuando teníamos ya muy adelantada la tirada del número extraordinario que habíamos anunciado para hoy, hemos tenido que aplazar su publicación hasta el martes de la semana próxima.

Consecuencia de este trastorno es que demos hoy á Vdes. el número que teníamos preparado para la semana que viene, como habrán visto por la fecha que lleva.

En cambio el martes próximo lo recibirán con la fecha de hoy... para que sea más extraordinario.

¡Les digo á Vdes. que entre unas cosas y otras... gracias á que el tal numerito no puede ser mejor!

Crónica

Nuestros vecinos los de *os pens de caballo*, por no ser menos que nosotros en eso de las Higinias y las Castro-Henríquez, más ó ménos distinguidas, andan todavía á vueltas con el ruidoso proceso de la niña Sarah, en el que, según vemos en los periódicos, se van á quedar á oscuras, para ser tanto como nosotros también en eso.

Diligencia nueva que practican los tribunales, confusión nueva que te armarás, como dice alardeando de saber el vascuence, una amiga mía que ha estado en los baños de Garrapateta; todo son opiniones y versiones y actuaciones y declaraciones y nuevas contradicciones y más confusiones, y yo ya estoy hasta los pelos de la cabeza de no encontrar otra novedad, por cualquier lado que coja un periódico, que la célebre causa del convento de las Trinitarias.

Eso sí; en cambio he aprendido una porción de cosas que no sabía.

Por ejemplo: que hay mujeres hísticas de suyo, que tienen la manía de las violaciones.

Parece raro ¿verdad? Pues es cosa probada.

¡Y tan probada!

Todos los periódicos convienen en ello y ahí está

si no, con su propio testimonio, la joven Guillermina, que no les dejará mentir.

Así como á otras les dá por ponerse lunares postizos ó por tocar la guitarra, á ella le ha dado por decir que la están violando á cada momento, y en cuanto se le presenta ocasión oportuna, ya está espetándosele á todo el mundo.

Porque no ha sido ahora la primera vez que ha acudido á los tribunales á quejarse de lo mismo; al cojerla en mentira los jueces viendo que no reconocía al Padre F. (el cuerpo del delito, como si dijéramos) á quien ella acusaba de haberla violado, se ha recordado que ya en otra ocasión, acusó del mismo delito á un pobre padre de familia que no había roto un plato en su vida, y los médicos probaron que la acusación era falsísima, por cuanto hacia mucho tiempo que la doncella en cuestión era inviolable.

—¿Que se propondrá esa mujer? ¿Estará en su juicio? ¿Será una loca?—preguntaba un aficionado á las novelas de folletín, en la reunión de una viuda andaluza que vive de lo que come.—¡Todo eso es muy raro!

Y contestaba la dueña de la casa:—¡Quien sabe! Yo, por un lado creo que los médicos tendrán razón; pero por otro lado pienso: ¡Quien sabe! Quizá también los médicos se *haigan podido equivocar!*...

* * *

Pues así como á esa individua le ha dado por ahí, á un pollito de Orense, de 70 primaveras, con los colmillos correspondientes, verán Vds. por donde le ha dado.

Se conoce que el travieso Cupido lo había confundido con alguno de sus nietos, y le clavó una flecha días pasados, no sé donde, que le hizo bailar de gusto al mirar cerquita del agua á una hermosa lavandera.

Animado por el fuego de la pasión, y previos los saludos preliminares, empezaron los caracoleos de ordenanza, que, por lo pronto, no ablandaron el pecho de la ninfa del río.

El tenorio, que guardaba todavía el compás y la afición de los buenos tiempos, no se dió por vencido, y, entre posturitas de baile inglés y miradas de carnero tímido, no desistió todavía de tocarle el corazón, agotando al efecto su repertorio de palabras y gestos insinuantes.

Y á todas estas la púdica lavandera sin acordarse de que hay volcanes en el mundo.

—¿Sí?—pensó el saltarín.—Pues ahora verás.

Y apelando al recurso supremo, se despojó de sus ropas, y se zambulló en el limpio cristal de las aguas, convencido ¡claro está! de que á la vista de sus encantos no habría lavandera capaz de resistir.

¿Creerán Vdes. que paró en eso? Pues no señor; todavía la ingrata no se sintió fascinada, y cuando el fauno le tendía los brazos desde el agua para darla sin duda algún chapuzón, echó ella á correr, y echó el detrás sin ponerse siquiera la corbata, llegando hasta cerca del paseo, donde luego que le dieron una pita fenomenal, se convencio de que estaban verdes.

El escándalo fué... como la pita, y en Orense no se habla de otra cosa que de la corrida del viejo.

Que como verán Vds. dentro de medio siglo, ¡es mucho una corrida á esos años!...

Que á todos *vos* deseo.

CANUTO BLANCO Y DELGADO.

Monólogos de un cura

I.

¡Nada! que voy hacia el divino puerto sin que la duda en mi cabeza brote; mi carrera ejemplar de sacerdote la voy a terminar en el desierto.

Me aparto de este mundo de miseria que solo rinde culto a la materia, donde ya no hay un puro sentimiento, ¡oh Dios! porque me siento dotado de evangélicas unciones, y solo pido al cielo alguna cueva, un límpido arroyuelo donde beba y fé para rezar mis oraciones.

Cuando aparezca la rosada aurora y empiecen a cantar los pajarillos, y despidan su aroma los tomillos, y brille el astro que los trigos dora; cuando oreén las brisas matinales la humedad del rocío y vaya el sol rompiendo los cristales compactos, firmes, del helado río; y el céfiro sutil y nunca frío semeje alguna dulce melodía, al internarse con potente brío

entre el ramaje de la selva umbría:

¿No inspirará la idea de que sólo se crea en el Dios que es mi fé, mi amor intenso, de ese Dios cuyo nombre es más grande, más grande y más inmenso que grande es ¡ay! la pequeñez del hombre?

Cuando el vivo relámpago me ciegue, embajador del rayo que aniquila, y la copiosa lluvia el campo anegue mientras el suelo tembloroso oscila, ¿no inspirará el deseo de exclamar: «¡Oh, Gehová! ¡Solo en tí creo!

En tí, divino Dios, cuya grandeza imita, aunque muy mal, Naturaleza»?

¡Nada! Que voy hacia el divino puerto sin que la duda en mi cabeza brote, pues mi vida ejemplar de sacedote debo acabar tranquilo en el desierto.

II.

¡No me puedo marchar! Luzbel lo impide. Yo el hambre y el peligro arrostraría, pero... ¡maldita y necia cobardía! el ama (¡al fin mujer!) no se decide...

JUAN LORENTE DE URRAZA.

La del primero

Mire V., D. Dámaso, yo no sé si será ó no será, pero cuando el río sueña, agua ó piedra lleva, y á mi que no me digan, ni me vengan con que aquí te la puse....

—¿Dónde?

—Es un decir... Yo, á Dios gracias, y en buena hora lo diga, ni me chupo el dedo, ni tengo pelo de tonta, ni comulgo con ruedas de molino. Yo no digo que sea, ¿sabe V.? pero tampoco pondría las manos en el fuego. Lo que me cuentan cuento; ni quito ni pongo Rey; á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga, y *relata ferro*, como dijo el otro. Ella es joven y guapa, mejorando lo presente y sin ofender á nadie, y nada tiene de particular que haya quien la haga el amor, porqué ya sabe V. que los hombres van siempre á ver lo que sacan.

—¡Oh! perdone V.; yo soy al contrario.

—Bueno, bien; pero una golondrina no hace verano. Si tuera vieja, ó fea, ó pobre, ya vería V. cómo no encontraba quien la dijera: «por ahí te pudras.»

—¿Por dónde?

—Es un decir... Ahora lo que falta saber es, si ella les hace cara, y esta es la cuestión. Mire V.; yo asegurarlo, no lo aseguraría, por que no me *costa*, pero eso no quiere decir que no haya quien lo asegure, y hasta quien dé pelos y señales. El marido es consul, ¿sabe V.? y por eso habrá V. visto que tiene un asta en el balcón, y, ¡es claro! como representa á una nación extranjera, parece que no vive en España ni se entera de lo que aquí pasa... Y si V. lo viera... Sin rebajar á V., es un buen mozo y una persona muy simpática. No es así el niño que tienen, que en nada se parece á su padre, es decir, al consul, y que tiene toda la facha de un

oso. Bueno; pues el marido es tan infeliz, que todavía no ha reparado en tantos como han hecho el oso á su mujer, y en tantos como se lo hacen todavía. Le digo á V., que algunos hombres merecen lo que les sucede, digo, suponiendo que les suceda algo, que Dios me libre de tener malos pensamientos ni de levantar falsos testimonios á nadie. Ella, si V. la ve, parece que no ha roto un plato en su vida, pero eso no es cierto, porque yo sé que todos los días hay platos rotos en la casa... Ya ve V., como viven aquí, en el primero, yo, sin querer, me entero de todo y tengo que estar al tanto de lo que pasa. Pero cuando sale á la calle, da gusto verla... Parece tan sencilla y tan modesta... Siempre con los ojos bajos y con la carita seria... Pero eso no quita; porque yo sé de muchos que hacen mil picardías con los ojos bajos, y el Señor no me castigue... Y, en fin, aunque usted me diga que no le importa nada, como yo las cojo al vuelo, y á mi no se me escapa nada, y cuando VV. van ya estoy de vuelta, lo que aconsejo á V. es que no pierda el tiempo, porque hay otro en la casa que también anda tras ella, y ya sabe V. que al que madruga Dios le ayuda, y que el que da primero da dos veces...

Un ligero y gracioso taconeo, que dejaba presumir unos pies pequeñitos y un andar airoso, vino á interrumpir la charla mordaz é interminable de mi portera —pues ya habrán VV. comprendido que portera tenía que ser la que hablaba,— y la hizo asomar cabeza por el ventanillo del cuchitril destinado á portería.

—¡Ahí la tiene V.! exclamó en voz baja, con intencionado acento.

—¿A quién?

—Pues... á ella. A la del primero, que llega.

Cuando salí de la portería, ya la persona que acaba-



—Buena pieza.
—Mayores las he visto.



—No sé hasta que punto es produdente que se bafe tu marido en este sitio; hay muchos atans.
—No hay cuidado; lobos con lobos no se muerden.

EL PORQUE CRECE Y MENGUA LA LUNA, POR GETA.



Dios hizo el mundo...



y puso en él montañas y mares y en cuanto creció la yerba empezaron á salir habitantes;



y en el firmamento salieron estrellas.



y salió la luna. Lo cual que al salir se avergonzó de ver á nuestros primeros padres.



Pero se le fué olvidando que-
y se volvió de espaldas. do poco á poco y se volvió de
cara.



Y de cara estaría siempre, si, apesar de los siglos transcurridos, no se acordara muchas veces de lo sin-
rgüenzas que fueron nuestros primetos padres,

ba de entrar había subido rápidamente la escalera y llamaba á la puerta de su cuarto.

Me detuve un momento, indeciso y vacilante, sin atreverme á subir ni resolverme á marcharme.

La portera, más por malicia que por penetración, había adivinado que aquella mujer me gustaba extraordinariamente y aunque yo, al tratar de adquirir informes por su conducto, había procurado desorientarla sagazmente, preguntando antes por algunos otros vecinos y vecinas de la casa, no me valió el ardid y vi descubierto mi secreto, que, después de todo nada tenía de particular.

La del primero era una mujer elegante, graciosa, joven y hermosísima, y no era extraño que me trastornara el sentido.

La campanilla de su cuarto seguía repiqueteando sin que nadie acudiera á abrir la puerta.

O todos habían salido ó les sucedía lo que á mi.

Porque á mi también me estaba ella haciendo *tilin*—como la campanilla—y yo, sin embargo, no me resolvía á acercarme ni me decidía á subir un escalón siquiera.

Y no obstante, las palabras de la portera estaban zumbando en mis oídos: «No pierda V. el tiempo, porque hay otro en la casa que también anda tras ella, y ya sabe V. que el que da primero da dos veces.»

¿Quién sería?

En aquel momento senti fuertes pisadas de alguno que bajaba el tramo de escalera que conduce al principal.

Era un señor ya anciano, pero que tenía fama de enamorado y mujeriego, y que vivía en el principal de la derecha. Cuidaba extremadamente de su persona, vestía con esmerada pulcritud y á la última moda, iba siempre primorosamente acicalado, compuesto, rizado y perfumado, y se sabía que era rico y generoso. Reunía, en fin, muchas cualidades importantísimas para alcanzar con facilidad cierto género de favores y para tener partido y gozar de prestigio—y de otras cosas—con cierta clase de mujeres.

¿Sería de esas la encantadora vecina del primero?

Al hacerme esta pregunta vinome á la memoria la última frase de la portera:

—Ahí la tiene V. Es la del primero, que llega.

Mi portera nada tenía de divinidad pagana ni de diosa mitológica, pero sus palabras se asemejaban mucho á aquellos anfibológicos y famosos oráculos que hacían devanarse los sesos y darse de calabazadas á los héroes de la antigüedad.

¿Había puesto *coma* después del vocablo *primero*?

¿Había querido decir que era la del primero, (*coma*) que llegaba, ó había querido dar á entender que era del primero (*sin coma*) que llegaba?

Al ocurrirme esta duda levante los ojos, vi que el señor anciano estaba ya en el primero, y subí maquinalmente algunos escalones.

Pero inmediatamente me detuve.

La vecina hablaba en voz baja con el del principal, y éste replicaba asimismo *sotto voce*. No era posible entender una palabra siquiera de la conversación.

Hubo un instante de silencio.

La puerta del cuarto se abrió y asomóse á ella una graciosa joven que por las trazas debía ser doncella... y parecía no serlo.

Entonces llegó á mis oídos la voz argentina y armoniosa de la del primero, que preguntaba á la doncella—vamos al decir:

—¿Quién está en casa?

—Nadie, señora—contestó aquélla,—estoy yo sola...

—Entonces...

Y se cerró la puerta detrás de ellos.

Yo bajé la cabeza y los escalones que había subido, y sin saber qué hacía, entré en el cuchitril de la portera, murmurando para el cuello de mi levita:

—Ya no cabe duda... No había puesto *coma*.

Las fuertes pisadas del anciano señor del principal, que bajaba la escalera, me sacaron de la abstracción y del ensimismamiento en que me hallaba y que inútilmente había tratado de combatir mi portera, refiriéndome no sé qué consejos y dándome no sé qué consejos.

Levantéme de la silla en que más bien que sentarme me había desplomado, y salí de la portera precisamente cuando el señor del principal llegaba al último pedazo de la escalera, al parecer un tanto preocupado y como ajustando cuentas.

—Dos pulseras de brillantes que ha visto en casa de Ansorena—iba diciendo en voz alta, sin reparar en que nosotros podíamos escucharlo;—¡qué locura!

Mi portera seguía hablando sin que yo la hiciera caso.

—Ya se lo advertí á V. con tiempo—me decía.—Adelántese V., porque el que da primero da dos veces.

Y el señor anciano cruzó el portal, diciendo al mismo tiempo, como hablando consigo mismo:

—¡Vaya! ¡vaya! Pues no faltaba más... Una... ¡y gracias!

DÁMASO MENOS.

¡Animal!

Andrés es bueno, leal...

No tengo queja de Andrés, pues nunca se portó mal; pero, francamente, es el pobrete un animal.

Bueno es que un criado un día cometa una tontería—sin ninguna trascendencia por supuesto.—No hay paciencia para eso como la mía.

Yo les sufro á los criados

que sean mal educados, curiosos, entrometidos...

Yo les tengo bien vestidos, yo les tengo bien pagados...

Yo no mando en absoluto y les trato con franqueza, pero Andrés... ¡no! ¡Ya es muy brutal! Nunca se pasa un minuto sin que haga alguna tontería.

Es ya la exageración y no le puedo sufrir.

¡Hoy se irá sin dilación!...

¡Y si no se quiere ir le tiro por el balcón!

¡Pues hombre!... ¡Voy á aguantar sin reñir ni renegar, de ese gallegote inmundo, que me venga á avergonzar delante de todo el mundo!...

Ayer... ¡Oh! ¡Lo que es ayer!

Mi mujer se quedó muerta y yo sin saber que hacer.

¡Si se necesita ser más animal que una puerta!

Por supuesto; en cierto modo, de lo que ayer sucedió soy el responsable yo. El hombre, después de todo mi mandato obedeció.

Como es tan inconveniente que delante de la gente se le ocurre preguntar que es lo que debe comprar á la mañana siguiente, le llamé á mi cuarto un día por quitarle ese defecto,

y le advertí que debía decirme lo que quería de un modo *muy indirecto*.

¡Nunca se lo hubiera dicho! Ayer le llamé yo *bicho* porque el cabello tenía muy largo... y le dió el capricho de ir á la peluquería.

Le dije que lo dejara para luego y le advertí, —por miedo que se pasara todo el día por ahí,— que al marcharse me avisara.

Terminamos de comer;

vinieron Ruiz, Solocer, el Marqués, el General, las hijas de Fegenal, Altamiza, su mujer...

¡Qué se yo! La mar de gente, casi toda de cumplido; y entonces... Ese sirviente, que el pobre nunca ha tenido ni cuatro dedos de frente, con estúpido reír y señalando el cabello, dijo:—¿Puedo ya salir? Señorito .. ¡¡voy á ir á que me corten aquello!!...

EUGENIO GUILAU FERRÁN.

Un secreto

Cuando ni tristes engaños ni penas yo conocía, es decir, cuando tenía catorce ó diez y seis años;

En esa edad venturosa de placeres y de amores, en que no entibian dolores nuestra existencia dichosa,

Amaba á una niña, bella y pura como una flor. ¡Yo me moría de amor! ¡De amor se moría ella!

Lleno de amante emoción

yo siempre tras ella andaba... ¿Y como no si la amaba con todo mi corazón?

En fin, tanto sus balcones rondé, de noche y de día, que tuve una pulmonía y catorce insolaciones.

Cierta noche... emocionado, hasta su puerta llegué y con cautela llamé para ver al ser amado.

¡Con qué sentida emoción su aparición esperaba!

¡como el pecho me golpeaba, palpitando el corazón!

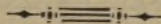
Por fin, á la luz incierta de la luna mortecina, la ví fulgente y divina trás de la entornada puerta.

Yo entonces pasé el umbral; cerró, quedó ella conmigo.....

Y lo demás no lo digo, porque es pecado mortal.

J. ADÁN BERNED.

Chismes y cuentos



Siempre nos pasan á nosotros cosas *extraordinarias*. Miren Vds. que habiendo por ahí tantos cómicos malos irse á romper en la litografía la piedra cuando teníamos ya á medio tirar el número *extraordinario*!

La verdad es que era lo único que faltaba. Lo habíamos anunciado con una anticipación *extraordinaria* y lo habíamos compuesto con un deseo *extraordinario* de complacer á Vds.; lo esperaban Vds. con una impaciencia *extraordinaria*, nos había salido *extraordinariamente* bonito (ya lo verán Vds...) ¡que faltaba para que el número fuera todo lo *extraordinario* que pudiera ser? Pues eso; que cayera sobre la litografía un ciclón *extraordinario* para que no pudiera salir á tiempo.

¡Nada!... que el día que tengan Vds. empeño en que no llueva avisenme Vds....

¡Ya sacaré el paraguas!



Rita, por cierta pendencia, fué citada ante un alcalde, y este la sirvió de balde dando en su pró la sentencia.

Con refinada malicia dijo entonces la alcaldesa; «Nunca he visto, Anton, tan tiesa, la vara de la justicia.»

J. B. BALDOVI.



Cuanto me hablan me preguntan que como enflaquezco tanto: ¡quieres decirselo tú, morenita de ojos garzos?

M. CASTET.



¡Ah! Supongo que porque no haya salido hoy el número *extraordinario* (que se pondrá á la venta el martes próximo infaliblemente) y porque no lo hayamos anunciado dándole el bombo que se merece, no van Vds. á dejar de comprarlo ¿eh?

¡Que eso si que era lo único *extraordinario* que nos faltaba!

Imp. Arco del Teatro, 9.



— ¡Que buenas ocasiones habría en el mar si no tuviera la gente la mala costumbre de meterse en el baño sin portamonedas!

ANUNCIOS

CENTRO
PARA EL REPARTO Y VENTA DE PERIÓDICOS
DE

D. JULIAN RODRIGUEZ
Calle del Tesoro, 5, bajos
MADRID

CORRESPONSAL EXCLUSIVO

DE EL CHISME

EN LA CORUÑA

D. TOMAS LABANDEIRA
Torre, núm. 23, bajos.

CORRESPONSAL EXCLUSIVO
— DE —

EL CHISME

EN VALENCIA

D. Julian Peris Mencheta
Entenza, numero 40

UNICO EXPENDEDOR
AL POR MAYOR
DE

EL CHISME

EN BARCELONA

D. JUAN TASSO

Kiosco Rambla de las Flores, frente á la calle Hospital

CORRESPONSAL EXCLUSIVO

DE

EL CHISME

EN SEVILLA

D. JOAQUIN NADAL
CAFÉ SUIZO.

CORRESPONSAL EXCLUSIVO

— DE —

EL CHISME

EN CADIZ

D. JUAN RUBIO LOPEZ
Sacramento, número 25

EL CHISME

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Colaboran en él los mejores escritores y los más renombrados dibujantes

Administración: Calle de Fortuny n.º 15, entresuelo.

PRECIOS DE VENTA:

Número suelto. 10 céntimos.
Id. atrasado. 25